

La ciudad del espectáculo

Jorge Komadina Rimassa

Acabo de leer *The Spectacular City* (Duke University Press, 2004), un estudio antropológico sobre Villa Sebastián Pagador (Cochabamba), escrito por Daniel M. Goldstein, profesor de antropología en Worcester, Massachusetts. Confieso que tengo una marcada debilidad por las investigaciones antropológicas, hoy por hoy injustamente desacreditadas como saberes no sólo coloniales sino también “colonizadores”. La antropología, creo, contribuye mejor que cualquier otra disciplina al conocimiento de lo local, su arte es el detalle y la descripción minuciosa, pero su verdadero secreto es la mirada distante de hechos que nosotros, los “nativos”, no siempre percibimos porque estamos demasiado cerca.

Desde fines de los años 80, Villa Sebastián Pagador se ha convertido en un objeto de estudio mimado por la sociología urbana en Cochabamba. Todos quieren investigar este “objeto”, de la misma manera que en los 70 se estudió el caso del Cerro San Miguel. No se trata de una elección arbitraria, ciertamente, porque la “Villa” condensa en alto grado los problemas contemporáneos de la ciudad de Cochabamba y sus alrededores: migración masiva, asentamientos ilegales, carencia de servicios básicos, crecimiento acelerado, inseguridad, exclusión social, etc. El estudio del profesor Goldstein no sólo sistematiza información generada por investigaciones previas, esfuerzo desde ya

importante, sino que aporta con nuevos datos a la comprensión de los procesos urbanos, particularmente valiosos como son aquellos conocimientos logrados por medio de la aplicación de técnicas etnográficas en contextos urbanos.

Ahora bien, creo que los conceptos de “marginalidad” y exclusión, recurrentes en el estudio, son empleados de una manera abusiva y categórica para explicar el trasfondo social y económico de los problemas en asentamientos urbanos recientes. Esas nociones han sido duramente criticadas por la sociología boliviana y latinoamericana en las últimas décadas, no sólo por su dispersión semántica, sino sobre todo porque pertenecen al vocabulario de los proyectos modernizadores y desarrollistas de los años 60 y 70 que buscaron, infructuosamente, incorporar a los campesinos migrantes al mundo de la economía capitalista. La marginalidad y luego la exclusión fueron conceptualizados como problemas provisorios, coyunturales, que podían solucionarse vía la inclusión de esas poblaciones al sistema de producción y al espacio público.

No obstante, creo que el momento más intenso del libro (y su aporte específico) es la comparación entre la fiesta y el linchamiento. Ambos acontecimientos son estudiados con el mismo marco conceptual, lo que permite extraer analogías sorprendentes. Así, la fiesta de San Miguel celebrada en Villa Sebastián Pagador



el 25 de septiembre es aprehendida como una compleja y espectacular *performance* a través de la cual actores y espectadores construyen la identidad colectiva de la comunidad y forjan una común “estructura de sentimiento”. La fiesta es color, risa, movimiento, música y ruido. En suma es un espectáculo inolvidable. Y aquí radica justamente lo que el autor llama su “dimensión pedagógica”: la experiencia de la fiesta no debe ser olvidada, es un teatro de la memoria que facilita la comunicación entre los participantes. Como el prestidigitador, dice Goldstein, el espectáculo distrae a la audiencia llamando dramáticamente la atención sobre un referente particular, sobre-determinando aquello que “debe” verse al mismo tiempo que se enmascaran otros puntos de interés. Aun más: la fiesta es sobre todo un ritual político que permite representar el poder y la identidad de un grupo social, pero también la fiesta puede ocultar los problemas y clivajes internos en el barrio.

El linchamiento es otro teatro de la memoria. Para sostener esta idea el autor describe incidentes de un linchamiento producido en 1995 y coteja las dispares interpretaciones de vecinos y forasteros. El libro adquiere mucha fuerza cuando al estudio de caso se sobreponen algunos de los célebres párrafos escritos por Michael Foucault en las primeras e inolvidables páginas de *Vigilar y Castigar*. Según Foucault, las ejecuciones y torturas practicadas en Francia en los Siglos XVII y XVIII eran rituales políticos cuyo sentido no era simplemente el castigo del (presunto) criminal, sino la restitución de la soberanía del monarca, afectada por el crimen, en el cuerpo del condenado. El espectáculo debía ser inolvidable. Pero aquí el castigo no es ejercido por el soberano o las elites, castiga el “pueblo”, actor y espectador, cuya acción es interpretada ambi-

guamente como una crítica a los poderes (inoperancia y corrupción en la administración de justicia) y como afirmación de su propio poder. Según el modelo teórico propuesto por Clifford Geertz –el hecho cultural como un texto susceptible de ser leído de diferentes maneras– *The Spectacular City* recopila y contrasta las narrativas de los vecinos sobre este acontecimiento. A través de ellas, se puede constatar que el linchamiento es interpretado desde distintos niveles de significado; algunas mujeres justificaron su participación en el linchamiento en términos de un sacrificio realizado para garantizar la seguridad de sus hijos; los mayores, en cambio, construyeron interpretaciones en torno a la legitimidad del “pueblo” para administrar directamente la justicia; se trata de una “advertencia”, dicen otros, para evitar que el barrio quede desprotegido. En fin, el despliegue de variaciones interpretativas tiende a fortalecer la expresividad del acontecimiento porque implican a muchos sujetos, a muchas “voces”. Este juego de interpretaciones no es algo externo al rito-espectáculo; todo lo contrario, es una parte sustantiva del mismo.

Concluyo con una inquietante cita de Julia Kristeva: “No podemos salir del espectáculo”.